

Justicia



JUSTICIA © Eleazar Herrera, 2024

Todos los derechos reservados

© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2024

Ilustración de la cubierta: ©Amagoia Agirre

Maquetación e ilustraciones interiores: Almudena Martínez

Calle Acebal y Rato, 3, 33205 Gijón

www.duermevelaediciones.es

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-128906-6-2

Depósito legal: AS 02823-2024

Impresión: Kadmos

Printed in Spain — Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Eleazar Herrera

Justicia

Corrección de

Rebeca Cardenoso



Pienso en los árboles, en cuán fácilmente sueltan, dejan caer las riquezas de la estación y cómo, al parecer sin dolor alguno, pueden dejarse ahondar en sus raíces en busca del sueño y la renovación.

— MAY SARTON, *Anhelo de raíces* (traducción de Mercedes Fernández Cuesta).

Regia

Justicia espoleó a Galera cuando sus cascos hollaron el Valle de An. La enorme extensión de pasto se retorció entre dos montañas desfiguradas por el filo del viento; las laderas, de un verde incandescente, brillaban por el rabillo del ojo de la caballera a medida que acortaba la distancia entre el valle y el bosquecillo escondido en el hueco más profundo entre las cimas. El sol caía sobre ella como una maza, convirtiendo su armadura en un horno a punto de calcinarla. Tenía las piernas entumecidas y las manos ásperas y laceradas por las riendas. Había abandonado el yelmo horas atrás, le quedaba enorme y el rebote constante de la visera amenazaba con volverla loca, pero en ese momento lo echaba en falta para protegerse del calor. En su lugar, se le había aflojado la trenza y tenía varios mechones de pelo pegados a la frente. Justicia parpadeaba sin descanso, igual que su viaje, tratando de aguantar el envite estival.

Galera aminoró la velocidad cuando bordearon los primeros chopos. Los troncos, recios, y las ramas inclinadas dibujaban una suerte de arco trenzado, una entrada natural demasiado pequeña para cruzarla encima de su montura. De todas formas, el último tramo debía hacerlo a pie, pues le habían aconsejado no perturbar la calma que reinaba en el

bosque. Justicia bajó de la grupa del alce y la obsequió con un beso en el hocico. Galera se restregó contra su hombro.

La espesura las recibió con un fuerte aroma a resina, musgo, tierra húmeda y jazmín silvestre. Lejos de apabullarla, Justicia sintió que su cuerpo entero se relajaba al dejar que el aire del bosque anegara sus pulmones. Aminoró el paso, soltó las riendas de Galera y se permitió pasear la mirada por las anémonas blancas y los helechos que se abrían a su paso, y por las campanillas que despertaban de un letargo tranquilo al sentir una presencia nueva. Más de una vez se quitó los guantes para acariciar las hojas de las encinas, puntiagudas y suaves al tacto, o para deslizar las yemas de los dedos por la piel del robledal a medida que paseaba; también encontró montones de pétalos caídos que recogió y espolvoreó sobre la cabeza de Galera. Nadie se dio cuenta, pero era la primera vez que Justicia sonreía desde que partió en busca del enmendador. La caballera caminó y caminó sin mapa y sin pesar, guiada por la belleza indómita de aquel lugar, hasta que dio con una cabaña en medio de un claro.

El hogar del enmendador estaba envuelto en una maraña de raíces. Por la fachada ascendían enredaderas de colores vistosos que se aferraban a los alféizares, y el portón, de madera roja, se hallaba flanqueado por rosales en flor y las margaritas más grandes que Justicia había visto nunca. La brisa fresca del atardecer le traía su aroma. A sus ojos, el resto de la casa parecía humilde, pero no del todo desnuda: un arpa descansaba sobre la pared exterior. Su sombra le recordó a la de una persona.

Galera le dio un toquecito con el morro alargado en el hombro antes de buscar una buena zona de pasto, abandonándola a su suerte frente a la cabaña. Justicia la observó alejarse con su parsimonia habitual. La grupa, pronunciada,

rozaba las ramas bajas de los árboles y se movía rítmicamente al son de las extremidades, largas patas que hundían la tierra a su paso. Era tan grande como desgarrada, tan tranquila como formidable. Si no fuera por las batallas que habían librado juntas, le costaría imaginar a Galera haciendo otra cosa que no fuera comer y dormir.

La observó dar su primer bocado al pasto, apacible, y comprendió que estaba sola. Hasta ella llegaba el canto de un mirlo mezclado con el siseo del viento que agitaba los árboles. Casi le apenó romper aquella paz con el tintineo renqueante de su armadura cuando llamó a la puerta suavemente. Hubo un instante de silencio. No escuchó ruido al otro lado. Como no apareció nadie, Justicia giró sobre sus talones y rodeó la casa. En la parte trasera descubrió un escueto jardín delimitado por piedras semicirculares, pulidas con tesón, a juzgar por los destellos que despedían al contacto con la luz del sol. La parte más próxima la ocupaba un huerto de legumbres que no supo identificar; en la más alejada encontró a un hombre encorvado sobre una mesa redonda de madera. Aunque le pareció que estaba inmerso en lo que tenía entre manos, vio que levantaba la cabeza en cuanto Justicia superó la frontera de piedras.

La caballera agachó la cabeza en señal de reverencia. Él se levantó y caminó hacia ella. Verlo era como ver el océano en movimiento: manso, lento, compacto. En armonía con el todo. Era un hombre de complexión ancha con piel cobriza; tenía los brazos cubiertos de tatuajes dorados de línea fina, y también el cuello y las manos, que eran lo único visible por encima de una camisa blanca de lino sin mangas. Un símbolo diminuto en el pómulos resaltaba en un rostro ovalado de facciones duras. Llevaba el cabello azabache suelto, adornado con siete abalorios que le caían por la espalda.

—No pretendía entrar sin su permiso —empezó Justicia en cuanto estuvieron a la misma altura.

—Cualquiera puede venir a este bosque.

Su voz sonaba como un cántaro de agua limpia.

—Me refería a... —Justicia señaló la hilera de piedras que había saltado—. Llamé a la puerta principal pero no contestó nadie.

—Prefiero trabajar en el jardín. Acércate, vamos, y dime tu nombre.

Aunque obedeció, Justicia siguió sintiéndose una invasora, tanto de la casa del enmendador como de la quietud general, por culpa del crujido de su armadura. Él deshizo sus pasos hasta la mesita donde reposaban varios trozos de lo que parecía cristal roto y arrastró un taburete que palmeó a modo de invitación; después se sentó en un peldaño de las escaleras que conducían al interior de la cabaña. A Justicia no le sorprendía encontrar a un enmendador viviendo en un lugar recóndito y desabrigado como aquel, pero le llamaba la atención que el único acceso al jardín desde el interior estuviera en el segundo piso. Su mirada se posó brevemente en el aspecto a medio terminar de algunas cosas: un lienzo esbozado que descansaba en el suelo junto a una paleta reseca, un aparador destartado con un cajón roto y un bote de barniz encima, montones de ovillos enmarañados... Aquella imagen distaba mucho de la pulcritud de Bastión Quebrado.

—Soy Justicia —dijo la joven al cabo de un rato.

—Espino —respondió él con una mano en el corazón, pero se levantó de pronto—. Ay, mis modales. Traeré algo de beber y de comer. ¿Ha sido un viaje largo?

Justicia alzó una mano, deteniendo el ímpetu del enmendador.

—Gracias, pero no planeo quedarme mucho tiempo.

Él giró lentamente sobre sus talones. Tenía una mueca entre divertida y curiosa pintada en el rostro. Volvió a sentarse al pie de la escalera cruzando los dedos, expectante. Tensó los hombros un momento al ver que la caballera desenvainaba su espada, pero se relajó cuando agarró el arma con delicadeza y se la tendió por el mango.

Espino la recibió con las palmas extendidas. La hoja reflejaba su expresión inquisitiva delineada con la precisión de un artista. Las yemas de sus dedos captaron los bellos surcos del *ame* en el contrafilo, la unión rúnica entre un caballero y su espada. La empuñadura carecía de decoración, bastándose con sí misma, pero reconoció el tacto amable de camino a la espiga, coronada por una gema vítrea. El enmendador observó entonces a Justicia. Percibía la semejanza.

—Está intacta.

La caballera asintió, sentándose en el taburete.

—Quiero que la rompas.

Espino arrugó los labios y ladeó la cabeza.

—Pero soy... enmendador. —Sacó dos minúsculas piezas de una llave rota y las acercó muy despacio hasta que se mantuvieron unidas sin su ayuda. Se hilvanaron discretamente—. Arreglo cosas. No las rompo.

Trató de partir la llave en dos justo por la fisura inicial, pero el hierro no cedió. La tiró sobre la mesa con las cejas enarcadas.

—¿Quizá un herrero?

Justicia negó.

—Ya lo han intentado. El *ame* suelda los fragmentos otra vez. Como es un... asunto mágico... había pensado que tú podrías ayudarme.

—¿Ya lo han intentado?

Ella desvió el rostro.

Espino se pasó una mano por la cabeza, y los abalorios de su melena tintinearón. Luego se levantó, anduvo un poco, miró al cielo, anduvo de nuevo, se sentó. De vez en cuando se miraba los dedos.

—Estoy sorprendido. Nunca había visto algo así. Nadie ha venido a pedirme que quiebre el *ame*, ni siquiera sé si es posible. Y tampoco entiendo cómo sigues viva. —Hizo una pausa—. El herrero pudo haberte matado. Sin querer. Supongo —añadió en voz baja.

Justicia tampoco contestó, de modo que el enmendador siguió hablando, esta vez frente a ella:

—Cada objeto requiere su propio tiempo de curación. Arreglar algo lleva su tiempo. Horas. Años. Décadas. Y no depende solo de las piezas o del material, sino también de quien acude aquí y del vínculo que establece con ello. —Espino se agachó a los pies de Justicia y posó las manos sobre sus rodilleras. Suavizó el tono cuando dijo—: Tu espada no ha sido dañada. No hay nada que sanar.

La caballera intentó rehuirlo, en vano: las manos del enmendador absorbían su voluntad de escapar. Derrotada, se giró para encararle. Tragó saliva.

—Necesito liberarme del *ame*. —Las palabras brotaron de pronto—. No lo quiero. Por favor. Sé que destruir algo es mucho más fácil que arreglarlo. Pero ya lo he intentado todo. Por favor. No sé a quién recurrir. No quiero volver. No voy a volver.

«A Bastión Quebrado», terminó mentalmente. Le costó reparar en que las manos de Espino ahora sujetaban las suyas, pero ya no se sentía encerrada, sino acogida por ellas. Era la primera vez que rechazaba el *ame* en voz alta. La madeja que habitaba en su pecho se aflojó un poco y le permitió respirar hondo.

Espino buceó en su mirada. El ojo derecho de la caballera tenía motas oscuras sobre el iris azulado. El izquierdo parecía añil. Le recordó al color del océano: claro en la costa y oscuro en las profundidades.

Justicia le escuchó suspirar mientras se ponía en pie. Aunque compartían una altura similar, la postura de Espino era relajada, encorvado con las manos abiertas y las palmas hacia arriba, mientras que la de Justicia era firme, con los hombros cuadrados y los brazos rectos pegados al cuerpo.

—Dijiste que no planeabas quedarte mucho tiempo.

—Haré lo que me pidas —musitó ella.

Él sostuvo la espada en sus manos una vez más.

—Sé paciente, entonces, y te ayudaré.

Regia, que así se llamaba la espada vinculada a Justicia, le devolvió su propia mirada: una cargada de incógnitas.

